

Colaboración espontánea

La muerte de la abuelita

Para "Fray Mocho".

Los nietos se han despertado,
mas, al empujar la puerta
dónde siempre han encontrado
a la abuelita despierta...

En la puerta se han parado
y han dado su golpe! de alerta,
sólo que no han imaginado
que la abuelita está muerta.

—La abuelita se ha dormido—
exclaman,—no hagamos ruido
para que no se despierte.

Y mientras los padres lloran,
juegan los niños, que ignoran
de los sueños de la muerte.

Alfredo MOZZI.

El supremo tesoro

Para "Fray Mocho".

Tratabas de hallar oro en la montaña
y rompías la tierra sin cesar,
solamente pensabas en hallar
el metal en aquella dura entraña.

Ansiabas poseer algún tesoro
que te diera la plena independencia
y la felicidad, que en tu demencia
creíbas que se hallaba con el oro.

Hallaste aquel metal tan codiciado
y fuiste un gran señor acusadísimo;
mucho oro, pero ninguna palma,

es claro... caballero Don Dinero,
el único tesoro valioso
es el que nos prodiga nuestra alma...

Luis Beltrán CASSAGNE.

Jugar con fuego

Le pisa sot animal a mon avis
c'est l'homme.

Boileau.

Entre los muchachos, que hace algunos años seguían los cursos secundarios del colegio nacional..., había un joven llamado José Cruz Andrade. Era un chico de buena familia, hermoso como el amante de Safo, simpático como Julio César, y vestía siempre con arreglo al último figurín. Tenía apenas 20 años, poseía un corazón impresionable y una imaginación de fuego. Para él el mundo no era otra cosa que un vergel sembrado por todas partes de bellas y fragantes flores.

Uno de esos hermosos días de primavera, en que el sol resplandecía como la felicidad, en que el cielo brilla como el placer, en que por doquier se respira vida, perfume, poesía, José se encontró con su dulceña. María, esas cinco letras arrancadas al alfabeto, y que componen el nombre más dulce, más poética, más hermoso de los hijos del Evangelio formaba su nombre. Sus labios perfectamente delineados poseían el rojo tinte de la amapola, siempre se veían entreabiertos por una sonrisa, que revelaba el candor de su alma. Azules, como el cielo, eran sus ojos, y rubios, como el oro del Potosí, sus cabellos. Su rostro ovalado ostentaba la majestad de una conciencia tranquila. Su nariz era de una perfección completa. Su estatura, como la de Esther, la esposa de Asuero, su cintura, esbelta y

flexible, como la palmera; en fin, era un hermoso ejemplar de la mujer porteña. Sus cualidades morales igualaban sus perfecciones físicas, pues era estudiosa, sencilla, modesta. Contaba, en esa época, diez y siete primaveras, dichosa edad de las ilusiones, de los sueños color de rosa, de las esperanzas en perspectiva. Edad en que el corazón comienza a decirnos que vive, que late dentro de nosotros, que comprende, que siente y que ha llegado la hora de ser comprendido, de hacer sentir otro corazón. Edad en que la mujer suele ver los objetos a través de un prisma encantador. Edad en que todo sonríe, en que todo respira amor y poesía. ¡Oh!, dichosa juventud, primavera de la vida como se denominaba Bernardino de Saint Pierre, halagadora ilusión del alma, seductora mentira del

María suspiró. Sus bellos ojos se fijaron con cierto temor en el joven y con trémula y dulce voz, respondió: Si, José, lo he comprendido; sin embargo yo no lo a... ¡Oh! dulce amor mío, continúa el joven, interrumpiéndola; cuando se ama como yo te adoro, no hay imposibles. El amor vence las mayores dificultades, porque el amor, dulce perfume del alma, lo facilita y embellece todo. ¿Qué es la vida cuando no se puede satisfacer las exigencias del corazón? Un martirio infinito, un padecer eterno. Yo te amo María, te amo como no creí que se pudiera amar. No amarte me sería tan imposible como lo hubiera sido al Tasso no pensar en Eleonor, o a Rafael olvidar a la Fernarina. María, continuó el joven apasionadamente, después de una ligera, la dada que me atormenta el corazón, es mil veces peor que la muerte. Yo quería oír de esos bellos labios, que me amas o que no puedes amarme; María necesito un sí o un no. Si lo primero para arrojarme a tus pies y si lo segundo... entonces... ¡oh, entonces!...

—Para qué?—preguntó la niña con curiosidad.

—Para qué, es un secreto espantoso, que no puedo, que no me atrevo a revelar.

—Pues digo...

—Que sí, ¡verdad angel mío!

—Que no,—repitió la joven con una estrepitosa carcajada.

—¡Oh!—exclamó José llevándose las manos a la cabeza y dando algunos pasos por la habitación, murmuró algunas palabras incoherentes. A poco rato se sentó, quedó tranquilo, como si hubiese hecho un esfuerzo sobre sí mismo, y dijo a María:—¿Querrá usted mandar que me den un vaso de agua?—A los dos minutos lo tenía en sus manos. Sacó un papel del bolsillo de su saco, echó en el vaso unos polvos blancos y se bebió el agua. María comenzó a temblar, encontrando en esta operación tan sencilla, una cosa extraña que no se explicaba. ¿Qué sería el contenido del papel? ¡Dios mío, qué sería?

José dijo con una calma espantosa:

—He perdido el color, María? ¡Me pongo lívido?

—Sí, sí... yo creo que sí...—dijo la niña temblando.

—No, no es tiempo, no ha podido producir su efecto.

—Su efecto! ¡Qué, José por Dios! ¡Qué tiene usted? ¡Qué es lo que usted ha tomado?

—Lo quiere usted saber?

—Sí.

—Pues es... un veneno.

María lanzó un grito y en un instante se halló reunida toda la familia, la casa era una confusión. Unos traían aceite, otros agua caliente, otros llamaban a gritos al médico, al vigilante, a los vecinos. José se resistía a beber, pero dos criados le sujetaron, le abrieron la boca y le embaucaron en el cuerpo varios litros de aceite y agua caliente próxima a hervir. José se moría, se moría de congoja, se moría de agua, de aceite, qué se yo... se moría. Entre tanto el médico no llegaba y el agua y el aceite continuaban entrando, como si el pobre José fuese un depósito de Palermo. Llegó, por fin, el médico, le pone sanguíneas, sinapsis, cantáridas, ventosas, la mar de cosas. El veneno es muy activo, dice el médico y no lo vamos a neutralizar, si no le damos más agua y más aceite. José hace entonces un esfuerzo heroico y logra por fin desasirse de las manos de los criados. Conoce que va a morir si aquella situación dura un cuarto hora más. ¡Silencio! grita con desesperación, señores, por Dios, no es veneno lo que he tomado...

—Pues ¿qué es?—dicen todos a la vez.

—Azúcar,—contesta él.

Una carcajada general estalla en la sala, el médico toma el sombrero, María se esconde avergonzada, y José derribando criados y sillas salva de un salto la escalera y pies para que os quieren.

“Y si lector dijeres ser comentarista, como me lo contaron te lo cuento.”

L. Elisa CLAVEL.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879

De 9 a 12 y de 14 a 18

Sábados: de 9 a 12

Buenos Aires

U. T. 428. B. Orden

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Capital	En el Interior	En el exterior
Trimestre. . . \$ 2.50	Trimestre . . . \$ 3.00	Trimestre \$ oro 2.00
Semestre . . . 5.00	Semestre . . . 6.00	Semestre . . . 4.00
Año . . . 9.00	Año . . . 11.00	Año . . . 8.00
N.º suelto. . . 20 cts.	N.º suelto. . . 25 cts.	N.º suelto. . . 20 cts.
N.º atrasado. . . 40 . . .	N.º atrasado. . . 50 . . .	N.º atrasado. . . 40 . . .

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección, aunque se publiquen. Los reporteros, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros, están provistos de una credencial de esta revista.

Encuadernación de ejemplares

Encuadernación en formato grande	En cuero	En tela
cada tomo	\$ 12.—	3.70
chico	8.—	3.—
grande	9.—	2.—
chico	6.—	1.50

Ota. Gral. de Fósforos, Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires